

SELENA MILLARES / AMÉRICA, AÚN FÁBULA DE FÁBULAS

Como «fábula de fábulas» nombró a Hispanoamérica el Nobel Miguel Ángel Asturias, y el lema sigue vigente. En esa corriente sanguínea que en lengua española teje un tapiz único, a partir de la diferencia de diecinueve países americanos, la novela continúa siendo el género más publicado —con dominio de la imaginación, sobre el cansino comercio de intimidades—, mientras se echa de menos la llegada a nuestros lares de más poesía y ensayo, y el teatro mantiene su papel de cenicienta del mundo editorial.

El fénix de la imaginación

Las novelas de formato ficcional son mayoría, y puede distinguirse además gran variedad de temas —violencia y memoria, abyección, conflictos candentes, política, historia *vs.* fábula, amor y cotidianidad—, a menudo entreverados, así que no deben entenderse como compartimentos estancos sino como tendencias dominantes.

Sobre violencia y memoria trata *La lealtad de los canibales* (Anagrama), del peruano Diego Trelles, donde un enjambre de personajes se encuentra y se cruza en una taberna limeña hasta configurar un fresco multitudinario que deja traslucir el lado oscuro de esa sociedad, con su lacra de barbarie y corrupción. Una obra polifónica cuya prosa es la de la oralidad —profusa en vocablos autóctonos— que fluye como una cascada, con todo su ritmo y su gracejo, extensivo a alguna burla literaria: el personaje Tito lee mucho, excepto «esos libritos de moda» que llaman «autoficción», «libritos llorones y quejumbrosos que hablan del sufrimiento familiar y sexual de sus autores».

También merece atención en este apartado la argentina Ariana Harwicz con *Perder el juicio* (Anagrama): el doble sentido del título nos anuncia a una protagonista desequilibrada y una trama que va revelando su situación dramática. El conjunto nos plantea una reflexión sobre el mal y la violencia, su posibilidad y su banalidad, así como el desorden de la conciencia, mezclada con obsesiones sobre pogromos y evásticas («De regreso, otra vez los médanos, el curso del río alterado por la noche en cascadas, una noche otra noche, los pensamientos aturdidos como disparos que fallan»). Angustiosa y trepidante, su prosa es eficaz al transmitir la rabia y la desolación de una psicótica atormentada.

De interés asimismo es la *opera prima* de la uruguaya Eugenia Ladra, *Carnada* (Tránsito), que insiste en ese gran tema que es la violencia con una prosa dinámica y envolvente: «Fue entrar la cabeza a la penumbra de las cortinas corridas que vio la imagen de golpe, entera. El colchón que sostenía la sangre». Puede añadirse aquí al colombiano Jorge Franco con *El vacío en el que flotas* (Alfaguara), donde una bomba explosiona, un niño desaparece y tres historias se entrelazan alrededor de las víctimas cotidianas de la violencia en Colombia. Y el peruano Gustavo Faverón publica *Minimosca* (Candaya) para contarnos la historia de un boxeador que

ama la poesía de Vallejo, en una extensa novela cuya cadena de ficciones y metaficciones recorre la historia del siglo XX con toda su violencia.

Continúan además teniendo un papel protagonista el mal y la abyección —el segundo apartado temático apuntado—, con ejemplos como la novela de la costarricense Andrea Aguilar-Calderón *Una asesina en el espejo* (Alfaguara), con sus monstruos de la vigilia: a pesar de la apariencia de género negro, es lo fantástico y lo siniestro lo que la vertebral. La trama, que apela a nuestra inteligencia para su desciframiento, se nos queda grabada como una cicatriz tras la lectura —en especial, las páginas dedicadas a una violación—, por su dimensión existencial y por su señalamiento de lo oscuro. Y la argentina Mariana Enriquez también se mantiene en su zona habitual de lo siniestro con *Un lugar soleado para gente sombría* (Anagrama) —un título deudor de Somerset Maugham—: el libro está compuesto por doce relatos de horror por los que pululan fantasmas, en ese mundo gótico tan suyo, cuya originalidad radica en mantener los pies en el fango real, en la sordidez y la miseria.

Por su parte, el argentino Pablo Maurette se acoge al modelo de la novela negra en *La Niña de Oro* (Anagrama), escrita con una prosa ágil y amena, alrededor del asesinato de un biólogo experto en albinismo y responsable de oscuros negocios. Además, el guatemalteco Rodrigo Rey Rosa nos cuenta en *Metempsicosis* (Alfaguara) la historia de un escritor que despierta en un hospital psiquiátrico, tiene el cerebro como una «caja vacía» e intenta dilucidar lo ocurrido. Su prosa sigue siendo sobria, tersa y también fría, y una vez más ronda lo siniestro en esta historia fragmentaria y sugestiva.

El tercer tema anotado —la actualidad candente— es recogido en novelas como *Asmodeo* (Periférica), de la dominicana Rita Indiana, que nos regala una celebración de la inventiva, con su derroche de sensualidad y gracejo, y toda esa fantasía onírica que se anuncia desde el título, nombre de un diablito maltratado por brujas, circunstancias y maleficios. La historia ocurre en los tiempos de la actuación autocrática de Balaguer, que no fue más que una nueva versión del trujillismo. Las persecuciones, muertes y desapariciones por causa política continuaron con él, peor si cabe. Ese telón de fondo se insinúa en estas páginas como una fantasmagoría siniestra, en medio del frenesí y el ruido de la vida cotidiana en la media isla. Y la ecuatoriana Mónica Ojeda vuelve sobre su hibridación de poesía y violencia en *Chamanes eléctricos en la fiesta del sol* (Random House), ahora desde lo dionisiaco y el mundo de las drogas, situados en un espacio volcánico, con un ejercicio de lenguaje una vez más y con referencias al conflicto de las sectas en América Latina. Y ha de nombrarse además la *Tesis sobre una domesticación* (Tusquets), de la argentina Camila Sosa, una historia contada por una actriz transexual, friki de la cosmética de lujo, en la estela del humor, la sensualidad y también la violencia de la aclamada *Las malas*.

Del reputado guionista argentino Nicolás Giacobone nos llega *Los impotentes* (Seix Barral), que nos ofrece una trama sobre la traída y llevada cancelación, tema de actualidad que junto con los conflictos familiares y amorosos construyen una obra un tanto morosa, cuyo título tiene doble significación, artística y sexual. Y *Bad hombre* (Random House), de la argentina Pola Oloixarac, y de título alusivo a la expresión de Trump para latinoamericanos en EE. UU., es una novela sobre el imperio del puritanismo y la cultura de la cancelación, y acogida a lo autoficcional.

La realidad política, con sus utopías y distopías —cuarta sección temática—, impulsa *Atusparia* (Random House), de la peruana Gabriela Wiener: el título alude a un insurgente campesino que fue asesinado por liderar una revuelta contra el gobierno peruano, y es además el nombre de un colegio experimental soviético, y el nombre de guerra de la protagonista, que estudió en él y es prisionera política en la selva amazónica. Entre sus temas, la tendencia cainita y caótica de la izquierda, y también el Perú y su laberinto político.

Cabe incluir aquí igualmente *Tierra de campeones* (Random House), del chileno Diego Zúñiga, un autor que se ha declarado explícitamente partidario de la ficción y contrario a lo que llama la «porno miseria» que tanto vende. Su novela está protagonizada por un campeón de pesca submarina, y acoge un lado mítico —el homenaje a las aguas del mar y el río como una especie de monstruo indómito— y otro histórico, relativo a la memoria de las víctimas del golpe militar de Pinochet y los años setenta chilenos.

Por su parte el boliviano Edmundo Paz Soldán nos trae en *Área protegida* (Almadía), una eco-distopía derivada de la catástrofe climática, donde se mezclan los humanos y sus hologramas, con la presentación de un mundo radicalmente deshumanizado, en la estela de sus relatos de *La vía del futuro* (2021). La esperanza de salvación solo puede estar en la selva amazónica, que es víctima de la depredación de los poderes económicos y políticos. Y del argentino Alberto Laiseca se edita por primera vez en España *Los Sorias* (Barrett), novela monumental y distópica de 1998, con su sátira surrealizante y de humor negro sobre el poder absoluto, representado en tres dictaduras alegóricas que combaten entre sí.

En la quinta sección apuntada, sobre historia y fábula, cabe mencionar al colombiano Pablo Montoya, que se entregó durante la pandemia a la escritura de *Marco Aurelio y los límites del imperio* (Random House), donde recupera la figura histórica de un referente del estoicismo para meditar sobre la muerte, con su habitual prosa tersa, elegante y fría, en un monólogo que retrata una realidad de crisis ingobernable. Y la cubana Mayra Montero ha publicado *La tarde que Bobby no bajó a jugar* (Tusquets), con su eje en otro personaje histórico, el ajedrecista Bobby Fischer, que visitó Cuba en 1966, con motivo de la XVII Olimpiada Mundial de Ajedrez en La Habana. En esta fabulación se entrelazan amor y revolución, y la propia autora se proyecta en un *alter ego*, Miriam, para presentarnos, de fondo, el quebranto de un país dividido. Además, el chicano Luis Alberto Urrea ha publicado *Buenas noches, Irene* (AdN), con traducción de Francisco González, que se inspira en su propia madre para contar esta historia sobre una mujer que se alista en la Cruz Roja en 1943 y se dirige a Europa como voluntaria en la guerra.

En el terreno de la fábula y el mito destacan respectivamente el nicaragüense Sergio Ramírez con *El caballo dorado* (Alfaguara) —una imaginativa historia de aventuras que comienza en Europa en 1905 y deriva hacia la Nicaragua de 1917, en una antifábula que permite al autor regresar con sus palabras a su país, prohibido para él por sus autócratas— y el mexicano Jordi Soler con *En el reino del toro sagrado* (Alfaguara) —que hibrida lo mexicano y la tradición mitológica grecolatina, para hablar sobre el amor y sus demonios, y sobre la fatalidad de la belleza—.

Respecto al último apartado temático —amor, humor, vida cotidiana— ha de recordarse en primer lugar ese regalo póstumo que ha sido el inédito del colombiano Gabriel García Márquez, *En agosto nos vemos* (Random House), que a pesar de ser fruto de sus últimos días, ya enfermo, vale la pena sin duda. Se trata de la despedida de Gabo, y no es cuestión de leerlo con los bisturíes de la crítica en ristre, sino de reencontrarse con el demiurgo travieso que pelea con su enfermedad mientras sigue exorcizando a la muerte. Su protagonista, Ana Magdalena Bach, acude cada agosto a dejar gladiolos a la tumba de su madre, y ese breve viaje se convierte en algo más: una liberación, una conquista de un espacio propio por unas horas, y una reivindicación del deseo de la mujer. Los curiosos encuentros de Ana con extraños vertebran esta historia, que reitera además uno de los grandes temas del autor: el amor de madurez.

Otros títulos merecen nombrarse aquí, como *Mecánica popular* (Anagrama), del cubano Pedro Juan Gutiérrez, una colección de diecisiete relatos que radiografían la vida cotidiana en La Habana, Matanzas y Pinar del Río; erotismo y desenfado se dan cita en una obra con momentos realmente hilarantes. O la obra del chileno Rafael Gumucio, *Los parientes pobres* (Random House), articulada sobre un motivo de la estirpe de Donoso: la trastienda de la burguesía latinoamericana, aunque no lo hace desde la sordidez frecuentada por su antecedente, sino desde el humor. Y la del hispanoargentino Andrés Neuman, *Pequeño hablante* (Alfaguara), un libro fragmentario, insólita y con encanto, sobre el momento adánico del hijo que va nombrando por primera vez su pequeño mundo, y que continúa y concluye su *Umbilical* (2022). También ha de recordarse a la chilena Cynthia Rimsky con *Clara y confusa* (Anagrama) y su habitual poética insólita y bizarra.

Narrativa autorreferencial: variaciones del yo

En la narrativa pervive además la tendencia autoficcional, aunque a menudo es solo un formato para la ficción. Entre sus frutos destaca en particular el guatemalteco Eduardo Halfon con *Tarántula* (Libros del Asteroide), una novela espléndida y sobrecogedora, de prosa sobria y lúcida, y desde la ficcionalización de sus propios recuerdos. En su contrapunto entre presente y pasado nos descubre un episodio de su infancia en Guatemala, cuando los niños judíos son invitados a un campamento que se va a convertir en un infierno. La irrupción de lo siniestro viene de la mano de un miembro del servicio secreto judío, y el protagonista se encuentra entonces entre los dos rostros de un historial amargo: el que representa su propio abuelo huido de Auschwitz, y el de la intoxicación sionista y su incitación al odio («Le pregunté por la serpiente roja en el bolsillo de su impermeable y le conté de la tarántula imagi-





S. MILLARES /
AMÉRICA,
AÚN FÁBULA
DE FÁBULAS

naria y sigilosa que creí ver caminando en su antebrazo izquierdo y él apenas reaccionó»). Sin maniqueísmo, Halfon pone sobre la mesa todas las cartas. Y elige en determinado momento para su personaje, con descuido solo aparente, el nombre de Juan Sandía —una fruta que representa alegóricamente a Palestina— y enlaza aquella experiencia antigua con la actualidad.

En esa línea autorreferencial cabe destacar además al argentino César Aira y su novela *En El Pensamiento* (Random House), con su usual forma breve, correcta, juguetona y un tanto banal (aunque sin el tono errático y frustrante de sus primeras entregas), donde destaca la conversión de una locomotora en personaje. En algunos momentos choca su lenguaje estereotipado («la adquisición de la lectoescritura», «parecía motivarla el non sequitur») aunque también incluye alguna buena imagen: «El sordo dejaba sin uso las cuerdas vocales, que se momificaban dentro de la garganta como un pequeño acordeón de cartulina».

Otros autores presentan una forma más declaradamente autobiográfica. El salvadoreño Javier Zamora pone el dedo en la llaga sobre la emigración y su lacra de desarraigo y orfandad con *Solito* (Random House), escrita en inglés (y traducida por José García Escobar), sobre la odisea dolorosa y emotiva de un niño de El Salvador que viaja a Estados Unidos en busca de sus padres. La nicaragüense Gioconda Belli publica *Un silencio lleno de murmullos* (Seix Barral), con sus temas bandera —poesía, política, amor y sexualidad—, y donde la protagonista viaja a Madrid tras la muerte de su madre, *alter ego* de la autora, y se reencuentra con su memoria. El mexicano Hiram Ruvalcaba señala la violencia, asesinatos, masacres y secuestros en su país con *Todo pueblo es cicatriz* (Random House), novela negra y autobiográfica; de niño el autor fue testigo cercano de tres asesinatos, y eso desencadena su prosa sobria: «Hace poco más de una década vi a mi primera chica muerta: su sangre regada en la tierra ha trazado grietas en mi conciencia».

Puede añadirse a este elenco el mexicano Juan Pablo Villalobos, *El pasado anda atrás de nosotros: como los detectives los cobradores los ladrones* (Anagrama), que participa asimismo del juego autobiográfico —«Esto es una novela; cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia: así es como funciona la ficción»—, obra poco ambiciosa, lo mismo que la de Emiliano Monge, *Los vivos* (Random House). Y la argentina María Gainza, autora de dos primeras novelas deslumbrantes —*El nervio óptico* y *Luz negra*—, nos trae en *Un puñado de flechas* (Anagrama) una inesperada autoficción sin vuelo, racional y carente de iluminaciones, por momentos pedante y reiterativa, sobre sus temas habituales, arte y coleccionismo.

Espejos de lo real: crónica y autobiografía

El periodismo literario tiene también muestras reseñables. En *la montaña* (Anagrama), del mexicano Diego Enrique Osorno, es una crónica donde el autor relata su viaje a Europa en un barco —*La montaña*— con siete zapatistas, para rehacer a la inversa la ruta colombiana y devolver luz a las razones del alzamiento de los pueblos originarios en 1994, así como analizar la violencia y el narco que mina la realidad mexicana; la resistencia pacífica de los indígenas frente a la barbarie neoliberal es su eje. Reportaje es asimismo *La llamada. Un retrato* (Anagrama), de la argentina Leila

Guerriero, fruto de una exhaustiva investigación en torno a una militante montonera represaliada durante la dictadura en su país, cuya peripecia vital —que incluye detención estando encinta, torturas y violaciones— se desgrana en sucesivas entrevistas. Una historia de dolor y paradojas, donde por momentos puede cansar la transcripción constante de conversaciones que sustenta este extenso volumen.

El cronista y novelista argentino Martín Caparrós —que sufre ELA desde 2022— publica a modo de despedida sus espléndidas memorias, *Antes que nada* (Random House). Un libro totalizador, entrañable, de casi setecientas páginas, que recoge con mirada lúcida un amplio tramo del tiempo revuelto que le tocó vivir, dedicado «a quienes me quisieron, para que aprendan a olvidarme». Escrito con su habitual amenidad irónica, incluye fotografías e incluso poemas: «Mi cuerpo quiere mostrarme cómo sería mi vida si no tuviera un cuerpo: me lo saca, me lo va sustrayendo. / Mis piernas han decidido invertir su rol histórico: ya no me llevan, tengo que llevarlas. / Quizá tengan razón, pero las odio».

Anclado igualmente en la realidad, el inclasificable *Ir a La Habana* (Tusquets) del cubano Leonardo Padura es un recorrido por esa ciudad mítica desde un ángulo personal, como hiciera Villoro para Ciudad de México en *El vértigo horizontal*. Concebida como un canto de amor y también un modo de elegía, en su estructura de *collage* Padura incluye fragmentos de obras suyas y fotografías para intentar retratar esa «urbe suntuosa y coqueta», ajena y hostil a veces, dotada «de alma propia».

Destaca además la colombiana Piedad Bonnett con *La mujer incierta* (Alfaguara), que ofrenda una prosa cálida y envolvente, confesional y lúcida, aunque rechaza la etiqueta de «memorias»: «Lo subjetivo, lo íntimo, solo me interesan en el marco de la experiencia colectiva». Habla ahí de su educación sentimental, o del hospital psiquiátrico donde tuvo su primer encuentro con la enfermedad mental, y los recuerdos vienen y van con espontánea naturalidad. Por su parte, la chilena Marcela Serrano aporta en *A vuelo de pájaro* (Alfaguara) un modo de diario escrito en los días de la pandemia (2020-2023), con su intimismo y también su quebranto.

Poesía, teatro y otras derivas

Entre los poemarios hispanoamericanos publicados en 2024, sobresale especialmente *El río de los derrotados* (El Arco y la Flecha), del poeta cubano Sergio García Zamora. Es un libro luminoso y sombrío a un tiempo, transido de nostalgia y escrito en estado de gracia, con el fulgor de los gestos inútiles que consagran a los quijotes, y un asordinado tono elegíaco por lo perdido en la distancia. También ha visto la luz el último de la uruguaya Cristina Peri Rossi, con un título bretoniano y hermoso, *Fata Morgana* (Visor), y su poesía otoñal y sarcástica, reflexiva y agri dulce, que sin abandonar el humor nos habla de la levedad del ser y del tiempo, del deseo y su inapelable condición mortal, de las heridas abiertas y de la propia poesía («El eco es un espejo / repite la soledad del grito»). A ella se debe asimismo la serie de ocho relatos sobre amores singulares —de personajes reales— recogidos en *Extrañas parejas* (Menoscuarto).

Son además reseñables el mexicano Fabio Morábito y su *Canción segunda* (Visor) —con un intimismo que no evita lo trascendente «¿Por qué como si estuvieran vivos / vestimos a los muertos?»—; la argentina María Negroni con *Las afueras del mundo* (Interzona), prosas poéticas en colaboración con las imágenes de Fidel Sclavo, y *Utilidad de las estrellas* (Pre-Textos), representativo de su estética esencialista, introspectiva y vertical; el uruguayo y mallarmeano Eduardo Milán —*El poema estaba. Seguimiento de Poeta indigente rockstar rico en rimas* (Libros de la Resistencia)— y el argentino Mariano Peyrou con sus rapsódicos *Itinerarios de salida* (Pre-Textos).

Son igualmente destacables algunas recopilaciones de versos: la de la colombiana Piedad Bonnett, *La oscura disonancia* (Ediciones Universidad de Salamanca) —«Ese pájaro atroz / me picotea el vientre. / A su oído yo canto mis canciones [...] para que no me deje sola, atada a esta roca»—; la del hispanomexicano Ramón Xirau *Gradas / Graons* (Galaxia Gutenberg), que nos devuelve otra voz del exilio; el primer tomo de la obra completa del peruano Eduardo Chirinos, *Cuaderno rojo*, poemas de 1978-1998 (Pre-Textos) —fue el autor quien lo dejó así preparado, y le seguirá *Cuaderno azul*, en un voluntario homenaje a los Beatles—, con su oleaje de versos largos: «¿Y qué es al fin y al cabo la poesía? / ¿Lanzar piedras inútiles contra un mundo devastado? / ¿Dialogar con el demonio, testigo principal de la caída?»; y el revulsivo de los versos de la mexicana Cristina Rivera Garza en *Me llamo cuerpo que no está. Poesía completa* (Lumen).

Sobre el teatro, ya se ha mencionado la condición de cenicienta que tiene en nuestro mundo editorial. No obstante, ha de destacarse la publicación de una valiosa pieza del cubano Carlos Celdrán, *Diez millones* (La Uña Rota), estrenada en 2016, que obtuvo el Premio Nacional y ha sido traducida a varias lenguas. En ella se evoca el quijotesco plan revolucionario de la zafra de los diez millones de toneladas de azúcar en 1970, así como la crisis del país en los años setenta y ochenta, reconstruida a partir de la historia de una familia, donde afloran las diferencias políticas, las tensiones en torno a la homosexualidad o el desgarramiento por la diáspora, todo a través de una escenografía mínima, donde los monólogos de los personajes se desarrollan ante una pizarra en la que se van añadiendo palabras con tiza.

En cuanto al ensayo, merecen memoria algunos títulos. Juan Cárdenas, en *La ligereza* (Periférica), atribuye al arte verdadero una condición de levedad que tendría que ver con la verticalidad de las creaciones del espíritu, algo que pueden compartir un poema y una catedral gótica. Los planteamientos de César Aira, en *Ideas diversas* (Blatt & Ríos), los apunta él mismo en la cubierta: «Tengo la teoría de que el objeto va a volver, con toda su realidad, su dignidad, su belleza, su apelación a los cinco sentidos. No creo que la humanidad se resigna al mundo espectral de las pantallas, teniendo a su alcance a los objetos». Jorge Volpi en *La invención de todas las cosas. Una historia de la ficción* (Alfaguara) hace un trabajo erudito y monumental (704 páginas) que habla de cómo las ficciones nos construyen, y recorre su proceso a través de la historia de la humanidad, contada aquí por un pretendido Gregorio Samsa. Y María Negroni en *La idea natural* (Acanalado) revisa textos de autores clásicos (como Lucrecio, Plinio, Paracelso, Voltaire o Goethe) para indagar sobre su idea de la naturaleza, mientras reconoce su preferencia por lo libresco antes que por la propia realidad.

Entre las novedades del año no han de olvidarse tampoco las recuperaciones de obras que no estaban disponibles y que ahora adquieren una segunda vida, o primera, si estaban inéditas. Merece aquí citarse *La vida que yo viví* (Renacimiento), que da a la luz por primera vez la autobiografía (inconclusa) de la peruana Magda Portal, escritora y activista de la vanguardia histórica, a la que Daniel R. Reedy llamó la *Pasionaria* peruana. Destaca también *Nueva correspondencia, 1955-1972* (Lumen) de la argentina Alejandra Pizarnik, imprescindible poeta fallecida en 1972.

Además, Alfaguara ha editado los cuentos completos del peruano Julio Ramón Ribeyro —*La palabra del mudo*—, con un prólogo de Juan Gabriel Vásquez que habla de su «mitología de lo discreto, de los instantes efímeros en las vidas de gentes sin épica», noventa y cinco relatos del que fuera uno de los secretos mejor guardados del *boom* y que incluye el inédito «Surf». Y Malasitierras ha revisado y reeditado a la peruana Claudia Salazar y su breve *La sangre de la aurora* (Premio Las Américas en 2013), una obra fragmentaria y coral, de escritura desbocada, sobre la extrema violencia en el último fin de siglo en Perú, considerada a través de tres mujeres: una guerrillera de Sendero Luminoso, una comunera y una periodista.

Otras recuperaciones reseñables son las del chileno Alfredo Gómez Morel —*El río* (Cabaret Voltaire), autobiografía de 1961 escrita por un delincuente real preso en la cárcel durante tres años, que vuelca en ella su vida rocambolesca, dolorosa y violenta—, el argentino Ricardo Piglia —*Introducción general a la crítica de mí mismo. Conversaciones con Horacio Tarcus* (Siglo XXI de España), que contribuye a dibujar el perfil político de Piglia, así como su relación con Walsh, Puig y Saer— y el peruano Mario Vargas Llosa —*El país de las mil caras. Escritos sobre el Perú* (Alfaguara), segundo tomo de su obra periodística—.

Para concluir

El lector que haya sobrevivido a la lectura de esta amplia selección tal vez considere que el resultado no coincide con las impresiones generales que se suelen tener sobre el panorama actual de las letras hispanoamericanas. En efecto, no parece que dominen los géneros autoficcionales o comerciales (aunque los filtros de los algoritmos les den prioridad, y huyan de lo disruptivo y no convencional), y tampoco que haya sobreabundancia de escritoras, como comenta algún crítico (son solo un tercio, frente a dos tercios de escritores).

El balance nos muestra además que apenas hay novela negra, o intimista, y que la autoficción pervive más bien como vestidura engañadora. Y también que domina la novela de la memoria —en torno a la violencia, la abyección, la historia, la «memoria chica», la vigilia— y de la (des)esperanza. La realidad latinoamericana es poderosamente violenta y diversa, y no puede encerrarse en el ensimismamiento frecuente en otros lares. En definitiva, su literatura sigue gozando de salud e inventiva, de lucidez crítica, memoria beligerante y capacidad visionaria, ajena a los caducos y comerciales marbetes mágicorealistas, que amenazan con ponerse de moda otra vez.

S. M.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID